

Las distintas corrientes dentro del movimiento obrero

La corriente *sindicalista*: “prescindencia” política y corporativismo

Luego de casi tres años de negociaciones, el 27 de septiembre de 1930, a tan solo unas semanas del golpe militar, se creó la Confederación General del Trabajo (CGT) en la que tuvo un importante papel la Unión Sindical Argentina (USA) orientada por los *sindicalistas*. Si bien los socialistas de la COA contaban con el mayor número de adherentes a la nueva CGT, los *sindicalistas* lograron imponer su línea histórica de prescindencia política a la nueva central obrera, apoyados en la fuerza que habían alcanzado en la Unión Ferroviaria –casi el 65 % de los afiliados a la CGT pertenecían a dicho sindicato– y porque la neutralidad política era defendida hasta ese momento, incluso, por los propios ferroviarios socialistas. Los delegados de la UF alcanzaron así un absoluto predominio en la junta ejecutiva de la CGT (11 delegados de los 27 que la componían) y la secretaría general de la nueva central¹.

Si en los años 20 la supuesta autonomía que los *sindicalistas* postulaban en relación al posicionamiento político se convirtió en la mejor cobertura para consolidarse como una corriente de presión adaptada al Estado y al régimen político, en la década del 30 la “autonomía” se degradará aún más, avanzando hacia una pronunciada subordinación al Estado y las clases dominantes. Por esta vía, la dirección de la CGT no solo justificó a la dictadura de Uriburu por la “situación normal” en la que se desarrollaba el movimiento obrero, mientras se desataba una represión sistemática sobre la vanguardia obrera, sino que a la vez mostraba que su verdadera prescindencia era con respecto a los conflictos obreros desarrollados en los primeros años del gobierno militar, a los cuales la CGT les retaceará su apoyo. Baste recordar que, del proyecto de fundación de la propia CGT, los *sindicalistas* habían quitado la expresión “lucha de clases”. En noviembre de 1933, la CGT decía:

Salvo rarísimas y no reiteradas excepciones, los actos de los sindicalistas que la integran [a la CGT] no han sido molestados. Realizan regularmente sus asambleas, sin que medidas especiales pesen sobre ellos o los obliguen a callar su pensamiento sobre ninguno de los asuntos que tengan entre manos; ni siquiera están impedidos, en la medida de las posibilidades de cada uno, tanto de luchar para la defensa de conquistas como para realizar todas las que estén a su alcance. No se conoce el caso de militantes ni de miembros de los cuerpos centrales de la CGT que hayan sido detenidos ni perseguidos en virtud de la acción sindical (...). Si esto es exacto, y no se ha documentado lo contrario, ¿qué motivos tendría la CGT para aprestarse a luchas que girarían en el vacío y no hallarían ambiente por lo mismo que carecen de fundamento serio? (*Boletín CGT*, 25-11-33)

Así respondió la conducción *sindicalista* a la exigencia de actuar frente a la persecución contra militantes anarquistas y comunistas, la organización de grupos paramilitares como la Legión Cívica y el conjunto de medidas represivas que el régimen venía desplegando desde su ascenso al poder. No solo expresaba esta posición las consecuencias de la política de prescindencia política del *sindicalismo* en su afán de asegurar las concesiones de negociación con el Estado, sino también un afianzado

¹ Ver capítulo I de Rojo, Alicia y otros. Cien años de historia obrera en la Argentina 1870-1969. (Buenos Aires: Ediciones IPS, 2016).

corporativismo que los llevaba a defender los intereses del reducido sector del “viejo” movimiento obrero que representaba, mientras los nuevos sectores del proletariado industrial eran dejados al margen de la representación sindical.

Así, en estos años su subordinación al régimen y al Estado fue en aumento. La cúpula de la CGT puso el eje en reclamar una mayor participación dentro de las instancias de discusión del Estado, fundamentalmente en los organismos donde se definían las políticas sociales (Dirección de Inmigración, Dirección de Ferrocarriles, Comisiones de estudio parlamentarias, de estudio de la desocupación o de casas baratas). Al mismo tiempo, el Gobierno otorgaba la personería jurídica a varios sindicatos: a la Unión Tranviaria en 1931, a la Unión de Obreros Municipales en 1934, a la Federación Gráfica Bonaerense en 1935 (la Unión Ferroviaria y La Fraternidad ya la tenían con anterioridad).

Además, la Unión Ferroviaria, principal sindicato de la CGT, fue una de las primeras organizaciones que dispuso que existieran dirigentes que no trabajaran, es decir, funcionarios rentados por el sindicato para ejercer sus actividades gremiales. Fue precisamente en el seno de la propia UF donde comenzaron las fricciones entre *sindicalistas* y socialistas. Durante el año 1934, estos últimos desplazaron a la conducción *sindicalista* encabezada por Antonio Tramonti, quien había aceptado un nuevo convenio que incluía la baja de salarios y que se sumaba a los descuentos sufridos en 1931. A su vez, en 1933, habían ingresado a la CGT los maquinistas enrolados en La Fraternidad junto con municipales, comercio y gráficos, también dirigidos por los socialistas. A partir de ganar la conducción de la UF, los socialistas comenzaron a disputarle la dirección de la CGT a los *sindicalistas*, anticipando, de hecho, la pelea que se dará abiertamente durante el año 1935.

Frente a las críticas que recibía su inactividad, en junio de 1934, la dirección de la CGT decidió lanzar una movilización por un plan de emergencia de tres puntos: 1) Jornada máxima semanal de 40 horas y vacaciones anuales pagas, 2) Establecimiento de comisiones paritarias en cada industria para fijar periódicamente el salario mínimo de los trabajadores y la rotación en el trabajo. Salario mínimo, estabilidad y escalafón para los trabajadores del Estado y entidades de carácter público, 3) Cumplimiento de la legislación social. Seguro nacional a la desocupación, a la invalidez y a la ancianidad. Mantenimiento de las reformas al Código de Comercio sancionadas por el Parlamento. (CGT, 22/6/1934)².

Así, la aparentemente sólida posición de los *sindicalistas* al comienzo de la década cambió no solo como consecuencia de su pasividad, sino como producto de las transformaciones que tuvieron lugar en la economía y el propio movimiento obrero. Hacia 1935, aunque aún seguían desarrollándose pequeños establecimientos productivos, “la declinación de la importancia relativa de la pequeña empresa” tuvo consecuencias diversas. El papel de los trabajadores calificados comenzó a decrecer frente al crecimiento industrial que necesitaba de mano de obra semicalificada o sin ninguna calificación. Esta tendencia dañó no solo a los anarquistas, que sufrían ya un declive, sino en particular a los *sindicalistas*, que tenían su base principal de organización entre los trabajadores calificados de establecimientos pequeños a medianos, además de gremios vinculados a los servicios y transportes.

² Citado en Del Campo. Sindicalismo y peronismo... p. 118.

El programa mínimo de la CGT

- 1) Reconocimiento de los sindicatos. Por el mero hecho de existir los sindicatos serán considerados como instituciones de bien público, con facultades para vigilar la aplicación de la legislación social.
- 2) Jornada de trabajo y vacaciones. 8 horas de trabajo para adultos en trabajos diurnos y 6 en trabajos nocturnos y en las industrias insalubres. El ciclo semanal será de 5 días como máximo. Vacaciones anuales con goce de sueldo.
- 3) Derecho de vida y seguro social. Salario mínimo fijado periódicamente por comisiones integradas por representantes de los sindicatos obreros y de organizaciones patronales de industria o región. Establecimiento de seguro nacional sobre la desocupación, enfermedad, vejez y maternidad.
- 4) Intervención obrera. Intervención y contralor de la organización obrera en diversos organismos del estado.
- 5) Oficinas de colocación. Supresión de las agencias particulares; las oficinas de colocación serán establecidas por las municipalidades y en su administración tendrán intervención directa los sindicatos.
- 6) Protección a la maternidad. Pensión proporcional al número de hijos menores de 14 años a toda mujer sin marido y sin recursos.
- 7) Defensa de la infancia. Instrucción pública y obligatoria, laica y gratuita, hasta los 14 años, debiendo el estado proveer, también gratuitamente, alimentos, vestidos y los útiles necesarios a la enseñanza.
- 8) Ley 9.688 (Accidentes de trabajo). Reforma de la ley en estos aspectos: las incapacidades se contarán desde que se produce el accidente. Extensión de la ley a todos los asalariados indistintamente. Aumentar los beneficios de la indemnización parcial al 100 % del salario. Elevar las indemnizaciones máximas a 15.000\$. Supresión del límite de salario para tener derecho a los beneficios de la ley. Los seguros por accidente estarán a cargo del estado.
- 9) Estabilidad y escalafón para los trabajadores del estado y demás entidades de carácter público.
- 10) Carestía de la vida. Fijación de los alquileres rústicos y urbanos con arreglo al valor; construcción de casas económicas para obreros por cuenta del estado y las municipalidades.
- 11) Derogación de la ley 4.144.

Los socialistas: reformismo y parlamentarismo

El fin de la década del 20 encontró al Partido Socialista en una nueva crisis interna. Un importante sector de dirigentes, encabezado por Antonio de Tomaso y entre quienes se encontraba Federico Pinedo, entabló una dura crítica a la política del Partido desde posiciones de derecha³. La disputa se estructuró en torno a la posición frente al gobierno de Yrigoyen, que los “libertinos” –como los denominaron– deseaban más frontal; fueron expulsados y crearon el Partido Socialista Independiente (PSI) y formaron parte de la conservadora “Concordancia”⁴.

³ Camarero, Hernán y Carlos Miguel Herrera, “El Partido Socialista en Argentina: nudos históricos y perspectivas historiográficas”, en *El Partido Socialista en Argentina*, (Buenos Aires: Prometeo Libros, 2005), p. 23.

⁴ Tras un gran debut electoral en 1928 y, sobre todo en marzo de 1930, ganando las elecciones de la Capital Federal con más de 100.000 votos, para sumarse inmediatamente a las huestes de la conspiración militar de septiembre y a la Concordancia. Como ya se ha dicho, Pinedo y De Tomaso ocuparán los ministerios de Hacienda y Agricultura en el gobierno del general Agustín P. Justo.

Esta crisis coincidió con la muerte de Juan B. Justo, líder histórico del socialismo, en enero de 1928, y el surgimiento de un nuevo núcleo dirigente encabezado por Nicolás Repetto, que profundizó la línea de su antecesor, pero en condiciones nuevas. Aunque los socialistas no fueron parte de las fuerzas políticas que se integraron “orgánicamente” al movimiento conspirador que derrocó a Yrigoyen en 1930 lo consideraron “un mal inevitable”, y en este sentido, le dieron su apoyo cooperando con la Junta Provisional con el objetivo de que se volviera lo antes posible a la “normalidad” y a la plena vigencia de la Constitución y las instituciones republicanas. Esta ubicación no valió para que en un primer momento sus principales dirigentes como Mario Bravo, Alfredo Palacios, Enrique Dickmann y el propio Repetto no fuesen encarcelados y su órgano de prensa, *La Vanguardia*, clausurado. Sin embargo, no resultaron por mucho tiempo blanco de la represión del régimen.

Su disposición a la participación en el juego electoral, y la inevitable justificación que ello supondría para el régimen militar tras la proscripción del radicalismo fueron su principal activo. En las elecciones presidenciales de 1931 el PS formó la Alianza Civil junto al Partido Demócrata Progresista. Con la fórmula Lisandro De La Torre-Nicolás Repetto, participó en las elecciones que dieron el triunfo al general Justo como presidente en 1932. Claramente favorecidos por la abstención/proscripción radical, los socialistas lograron en las elecciones de 1932 la mayor representación parlamentaria de toda su historia, con 2 senadores y 43 diputados, y conservaron aun después de levantada la abstención radical un grupo parlamentario numeroso, salvo en el período 1938-1940 en el que, fruto de una nueva crisis interna, su bloque se vio reducido a solo 5 representantes⁵.

Desde la década del 20 predominaba en el PS una orientación que acentuaba la independencia del Partido respecto del movimiento obrero, la “escisión” entre lo político y lo gremial según la cual

los afiliados del PS tenían que participar de la vida de sus respectivos sindicatos y hacer propaganda socialista, pero concibiendo a aquellas organizaciones como entes autónomos, libres de toda tutela partidaria. En la práctica, esto condujo al desinterés por la acción gremial y las diversas formas de lucha reivindicativas de los trabajadores, en especial, las que amenazaban con cuestionar o desbordar el orden existente⁶.

Tanto es así que, cuando en 1926 los pocos gremios en los que el PS tenía presencia en su conducción se separaron de la Unión Sindical Argentina (USA) y formaron la COA, esta central adoptó prácticas *sindicalistas*.

En estos años en los que se consolidaba el movimiento obrero industrial, el PS casi no se construyó en este sector de la clase trabajadora. Sí en el gremio del vestido, por ejemplo, tanto comunistas como socialistas conservaron presencia, y en el de la madera, socialistas, comunistas y *sindicalistas* alternaron posiciones predominantes, en el gremio metalúrgico

(...) el PS no pudo estructurar una presencia cuantitativa determinante y sólo se limitó a la labor de unos cuantos militantes y cuadros que no lograron sopesar la incidencia comunista iniciada a mediados de 1920 y consolidada en los treinta. Idéntico proceso ocurrió en los gremios de la construcción y entre los trabajadores frigoríficos en donde

⁵ Camarero y Herrera, “El Partido Socialista...”, p. 25.

⁶ Camarero, Hernán. “La escisión entre la lucha sindical y la acción política”, *Ideas de Izquierda*, 10 (junio 2014).

el PS actuó muy minoritariamente respecto del anarquismo, en un comienzo, y más claramente del PC, luego⁷.

Aquella disociación entre lucha sindical y acción política redundó en “cierta inorganicidad en el universo sindical y, lógicamente, en la militancia en los sitios de producción”⁸.

Los socialistas luego de participar, en 1930, en la creación de la CGT junto con los *sindicalistas*, cinco años más tarde se hicieron de su dirección, conquistando la conducción de la CGT Independencia, desplazándolos. Con el crecimiento de su grupo en el Congreso, el PS logró ubicarse en un terreno privilegiado para negociar con el gobierno de Justo, tanto por su influencia en sindicatos afines como por el manto de legitimidad que brindaba al régimen su participación electoral y en el juego parlamentario. Los socialistas aprovecharon esta situación para promover la promulgación de leyes a favor de los trabajadores.

Este éxito electoral y los logros legislativos, que implicaban negociaciones con la mayoría conservadora, profundizaron al extremo el reformismo del PS y su integración al régimen que lo admitía como una oposición inofensiva.

El retroceso del anarquismo en el movimiento obrero. Nuevas organizaciones

La despiadada represión que sufrió y sus propios fracasos políticos condenaron al anarquismo a un franco retroceso y a la dispersión de sus fuerzas. Esta situación ya había avanzado en los años 20 al calor de divisiones y enfrentamientos. Si bien las principales tendencias del anarquismo –*La Protesta* y la FORA, *La Antorcha* y los “expropiadores”, con el periódico *Anarchia* dirigido por Severino Di Giovanni– lanzaron un llamado a resistir a los militares, esta apelación quedó en los papeles producto de la persecución desatada.

El propio Diego Abad de Santillán, historiador y dirigente de la corriente, se vio obligado a reconocer que:

En la claudicación de 1930 tuvo su parte principal la escisión del movimiento libertario en varios grupos que se combatían sistemáticamente y con encarnizamiento. Fue un capítulo doloroso de desgastes y debilitamientos que hizo imposible una iniciativa común de defensa, capaz en aquellos momentos de gravitar seriamente en los hechos (...) el encadenamiento de sucesos funestos y de complicaciones fue tal que al llegar a 1930 la fuerza efectiva, se halló impotente o de espaldas a la realidad en la hora trágica que se avecinaba⁹.

Hacia fines de aquel año, los deportados y encarcelados anarquistas sumaban varias decenas y, desde 1931, a la persecución devastadora para sus fuerzas, se sumaba el fusilamiento de algunos de sus más reconocidos dirigentes como Di Giovanni y Paulino Scarfó.

⁷ Ceruso, Diego. “El socialismo en su laberinto o el desacople entre partido y sindicato, 1916-1943”, *Ideas de Izquierda*, 21 (julio 2015).

⁸ Ceruso. “El socialismo en ...”, Ver también Ceruso, Diego. *La izquierda en la fábrica, la militancia obrera industrial en el lugar de trabajo, 1916-1943*, (Buenos Aires: Imago Mundi, 2015).

⁹ Abad de Santillán, Diego. “El movimiento obrero argentino ante el golpe del 6 de septiembre de 1930”, *Revista de Historia*, (1958).

Si estos factores tuvieron un peso notable, el aspecto más importante de su declinación histórica tuvo que ver con las propias transformaciones en el movimiento obrero: “Los sindicatos ‘apolíticos’ de base artesana quedaron desplazados, y fueron sustituidos por organizaciones que tenían lazos al menos nominales con los partidos, que tendían a ser más grandes y que trataban de representar a grupos mayores de trabajadores, incluyendo a los no especializados”¹⁰. Así, los sindicatos anarcosindicalistas, que en muchos casos estaban divididos por oficios y que en el período de ascenso de 1917 a 1922 habían sido uno de los ejes del movimiento obrero, ya no tenían fuerza en la década del 30. Los anarquistas no supieron ubicarse frente a los cambios que se desarrollaban en la clase obrera y tuvieron dificultades en la adaptación a la industrialización creciente, que aumentaba el número de obreros semicalificados y no calificados.

Cuando se imponía la necesidad de luchar por conquistar nuevos sindicatos por rama, para unir las filas obreras que el propio capital concentraba, los anarquistas, o la inmensa mayoría de los que se reivindicaban como tales, seguían defendiendo los viejos sindicatos por oficio. Su desubicación y falta de estrategia los dejará desarmados frente al ascenso que se gestará pocos años más tarde y los enfrentará abiertamente a la lucha más importante de la década “con una política suicida que incluye traicionar –como lo hicieron durante el conflicto de la construcción de 1936– lo que fue su práctica de más de 30 años: la solidaridad con la acción directa, con los trabajadores en lucha por su reconocimiento”¹¹.

Ante la debacle de la FORA, surgieron sectores que la cuestionaron, como el grupo Spartacus y el Comité Regional de Relaciones Anarquistas (CRRA), que fue creado en el Congreso anarquista realizado en Rosario en el año 1932. Su función principal fue la de establecer nexos entre los diversos grupos y propiciar las tareas necesarias para una revitalización de la práctica libertaria. La creación de la Federación Anarco Comunista Argentina (FACA), en 1935, fue consecuencia de la estructura de la CRRA, aunque no todos sus integrantes formaron parte de aquella. Paulatinamente, logró una pequeña representación en tranviarios, gráficos, ferroviarios, industria del vestido y en diversas ramas de la construcción y aprobó una resolución que impulsaba “un trabajo constante y metódico dentro de los lugares de trabajo, talleres, fábricas, etc.”¹².

El Partido Comunista y su construcción en la clase obrera industrial

En el capítulo anterior hicimos un recorrido por los primeros años de vida del Partido Comunista, cruzados por las disputas internas, y hacia mediados de la década, por su inserción en sectores de la clase obrera. Desde aquel trabajo inicial, el PC se fue convirtiendo, durante la década del 30, en la corriente obrera más dinámica.

El VI Congreso de la III Internacional, realizado entre los meses de julio y agosto del año 1928, establecía el comienzo de lo que denominó el tercer período¹³; según el esquema

¹⁰ Horowitz, Joel. “El movimiento obrero” en Nueva Historia Argentina. Tomo VII (Buenos Aires: Sudamericana, 2001), pp. 241-242.

¹¹ López Trujillo, Fernando. Vidas en rojo y negro. Una historia del anarquismo en la “Década Infame” (Buenos Aires: Ed. Letra Libre, 2005).

¹² Ceruso. La izquierda en... p. 98.

¹³ El “primer período” abarcaba desde 1917 hasta 1924 y estaba caracterizado por la crisis capitalista y la insurrección revolucionaria; el “segundo período” abarcaba la estabilización capitalista desde 1925 hasta 1927. En 1934, luego de

estalinista, este nuevo momento constituía la etapa final del capitalismo, tras el cual se esperaba de manera inminente el estallido revolucionario. Este giro se expresó a nivel continental en la formación de la Confederación Sindical Latino Americana (CSLA) en el año 1929 y, en la Argentina, en la formación del Comité de Unidad Sindical Clasista (CUSC), que resultó una suerte de central sindical propia, que reunía las organizaciones gremiales y “grupos rojos”¹⁴ influenciados y dirigidos por el PC. La política que imponía la creación de “sindicatos rojos” impedía que las posiciones que durante estos años comenzaba a ganar el PC se convirtieran en una palanca para actuar y ganar la base de los sindicatos que, dirigidos por *sindicalistas* y socialistas, seguían enrolados en la CGT¹⁵. Esta estrategia ultraizquierdista llevó en muchos casos al aislamiento de las fuerzas comunistas, a la vez que colaboraba con la división del movimiento obrero. Esta situación se expresó crudamente frente al golpe militar de 1930.

Como se ha dicho, a consecuencia de su orientación sectaria y ultraizquierdista, los comunistas tuvieron una ubicación contemplativa ante el golpe. Aunque posteriormente hicieron una autocrítica por esta ubicación, lo cierto es que ya desde abril de 1929, el PC argentino sostenía que “el yrigoyenismo tiene todas las características del nacional-fascismo”. La I Conferencia Nacional del PC realizada clandestinamente en la ciudad de Rosario en mayo de 1931 responsabilizó a Vitorio Codovilla de la pasividad ante el golpe como forma de superar la fuerte discusión interna¹⁶, y Rodolfo Ghioldi y Luis Sommi asumirán entonces la dirección partidaria.

Así, el notable desarrollo orgánico que el PC argentino experimentó en importantes sectores de la clase obrera se dio simultáneamente con su subordinación a la dirección de la III Internacional bajo la hegemonía de Stalin. El posterior desarrollo alcanzado por los comunistas argentinos puso en evidencia que la organización en células de fábrica o taller era el método más eficaz para organizar de manera conspirativa a los mejores elementos de la vanguardia obrera, pero bajo la orientación sectaria y ultraizquierdista del tercer período, se llegaba a exaltar de manera tal a las células del Partido que pasaron a ser consideradas “como la base de la organización de la clase obrera”.

La célula de fábrica o taller se convirtió en el plafón del salto cualitativo que dio el PC a partir de 1925 en su proceso de proletarización, y acompañada de otras iniciativas organizativas y culturales¹⁷ permitió un importante avance en su composición obrera, estructurándose con éxito en gremios como la carne, los metalúrgicos, la madera, los albañiles, sastres, gráficos, textiles y el calzado.

la bancarrota de la IC en Alemania, quedó descartada oficialmente la teoría y las prácticas del “tercer período”, para ser reemplazadas por las del Frente Popular (1935-1939).

¹⁴ Ver capítulo I de Rojo. Cien años de...

¹⁵ Sobre los “sindicatos rojos”, León Trotsky definía que “las tentativas de crear o mantener pequeños sindicatos ‘revolucionarios’ como una segunda edición del partido, significa, de hecho, la renuncia por la dirección de la clase obrera”, en Trotsky, León. El programa de transición y la fundación de la IV Internacional, (Buenos Aires: Ediciones CEIP León Trotsky, 2008).

¹⁶ En la Conferencia de Rosario, la mayoría del CC acusó de oportunista pequeñoburgués al propio Codovilla quien se encontraba en Montevideo realizando tareas en el Secretariado Sudamericano y luego fue enviado a Moscú. Ante la Conferencia, Codovilla envió una autocrítica donde planteaba que el Partido, bajo su responsabilidad, no había sabido leer adecuadamente el peligro, la inminencia y los objetivos oligárquicos, fascistas y proimperialistas del golpe militar de septiembre.

¹⁷ Además de las células de fábrica o taller, se formaron las denominadas “células de calle”, que reunían a militantes encargados de extender el trabajo hacia otros establecimientos o territorialmente, así como “células de bloque” para abrir fábricas, junto con una multiplicidad de iniciativas socio-culturales utilizadas para reforzar su inserción en la clase obrera. Ver Camarero, A la conquista... y Ceruso, La izquierda...

En líneas generales, podemos decir que su política de inserción y reclutamiento obrero se dirigió, por un lado, hacia aquellos sectores de la industria donde primaba la desorganización; allí fue fundando y refundando sindicatos que le permitieron desplazar a los anarquistas. Por otro lado, se lanzó a organizar fracciones o “grupos rojos” con el objetivo de ganar la dirección en sindicatos dirigidos por socialistas y *sindicalistas*. Entre los primeros se puede resaltar la experiencia en textiles, mientras que en los segundos, los de la madera y del calzado. En todos los casos, el PC impulsó, acorde con el avance de la mecanización y de la producción en cadena, la creación de sindicatos por rama; “en cada fábrica, en cada empresa, un solo sindicato” fue su consigna.

Aunque, como ya señalamos, el PC fue conquistando importantes posiciones en sectores del nuevo proletariado industrial, su política ultraizquierdista y sectaria de estos años tuvo consecuencias sobre su intervención en los conflictos. De este modo, los comunistas quedaron muchas veces “ubicados en posiciones aventureras que llevaron a derrotas en huelgas lanzadas por cuenta y orden del partido, sin medir si la oportunidad era adecuada y si la correlación de fuerzas era favorable para tomar estas decisiones; además, los ubicó por fuera de la principal organización gremial del país (la CGT), al constituir una agrupación sectaria y aislada, el Comité de Unidad Sindical Clasista (CUSC)”¹⁸, lo que pudo comprobarse en los conflictos de los primeros años de la década en los que el PC influyó o dirigió. También veremos cómo esta orientación fue brusca y radicalmente modificada pocos años después por otra de mayor impacto sobre sectores más amplios de trabajadores porque fue llevada adelante de la mano de una política de construcción y dirección de los primeros grandes sindicatos industriales en la Argentina.

El PC: una concepción etapista de la revolución en los países semicoloniales

La Internacional Comunista (IC) reunió en Buenos Aires, en junio de 1929, su I Conferencia Comunista Latinoamericana. Este organismo definió para los PC de la región una política que no difería de las líneas que el VI Congreso de la IC había establecido para todos los partidos comunistas en el marco del tercer período.

En las resoluciones de la Conferencia se analizaron las particularidades de Latinoamérica que se basaban en “la condición y el desarrollo de estos países como países semifeudales, esto, conjuntamente con el hecho de que los imperialistas, para reforzar su dominación y conservar en estos países las formas de explotación semifeudal, se apoyen en los agrarios, hace que tengan que confundirse la lucha de las grandes masas explotadas de la campaña con la lucha contra la dominación imperialista, es decir, con la lucha revolucionaria anti-imperialista”.

En la concepción de la IC de estos años, la necesidad de liquidar los restos feudales y luchar contra el imperialismo daba a la revolución el carácter de “agraria y antiimperialista”, estableciendo la necesidad de una etapa democrático-burguesa previa a la revolución proletaria socialista en los países semicoloniales.

En relación con el movimiento obrero, la política hacia Latinoamérica se expresó en la conformación de la Confederación Sindical Latino Americana (CSLA), que actuó entre 1929 y 1934 y, a nivel nacional, en la creación de “sindicatos rojos” dirigidos por los PC. Esta última orientación tuvo como consecuencia una política sectaria en relación a las amplias masas de trabajadores, organizadas en las centrales sindicales reformistas. Internacionalmente, esta línea sectaria y ultraizquierdista tuvo como efecto la negación del Frente Único Obrero, cuya

¹⁸ Hernán Camarero, “Del clasismo al frente popular”, *Ideas de izquierda*, 14 (octubre 2014).

expresión más trágica se dio en Alemania. A su vez, en América Latina, la asimilación de fascismo y socialdemocracia se tradujo en políticas sectarias, como en la Argentina frente el golpe de estado de 1930.

En Argentina, ya desde su VIII Congreso de 1928, el PC realizó esta caracterización sobre la estructura económica y social del país, en términos de un “capitalismo deformado” por la supeditación al imperialismo, el peso del latifundio y los resabios semif feudales. De allí derivó la necesidad de una revolución por etapas, donde la primera sería “democrático-burguesa, agraria y antiimperialista”. Aplicada cuando el Partido llevaba adelante la política de “clase contra clase” sostenía que la burguesía tenía un rol contrarrevolucionario y serían los obreros y campesinos quienes llevarían adelante esta revolución democrática.

Con la adopción de la línea del Frente Popular, y particularmente desde su IX Congreso de 1938, el planteo etapista fue reforzado. El enemigo central era entonces el imperialismo en alianza con el “gran capital intermediario” y los “latifundistas de tipo feudal” y quedaba en segundo plano la contradicción entre la clase obrera y la burguesía, y así se afirmaba que la clase obrera poseía aliados en el campo de la burguesía “nacional” desvinculada del capital extranjero y la oligarquía terrateniente.

Luego, cuando el PC incorporó a su orientación la lucha contra el fascismo y por la defensa de la democracia, sin hacer ninguna explicitación del carácter de clase de estos fenómenos, terminará impulsando abiertamente una política de conciliación con amplias fracciones de la burguesía.

Los inicios del trotskismo argentino

La actividad de los primeros grupos trotskistas en el país comenzó a principios de la década del 30. En 1929 se formó el Comité Comunista de Oposición (CCO) que a partir de 1930 editó el periódico *La Verdad*.

Siguiendo la política de la Oposición de Izquierda, los trotskistas argentinos se consideraban una fracción de la III Internacional y desde allí encararon la lucha política contra la orientación del tercer período estalinista y sus consecuencias en el país. Sus elaboraciones sobre la estructura económica de la Argentina, su relación con el imperialismo y sobre el carácter de la revolución y sus tareas, así como la lucha política y estratégica con el PC, se plasmaron en documentos¹⁹ escritos por Antonio Gallo, uno de los principales referentes trotskistas de aquellos años junto a Héctor Raurich y Pedro Milesi. Aquellos primeros documentos dieron sustento teórico y político a la lucha del trotskismo argentino contra la orientación estalinista del tercer período, primero, y contra el giro posterior hacia la política de Frente Popular, después.

Este combate explica que aun siendo pequeños grupos el PC haya iniciado tempranamente su ataque al trotskismo; para dar base “teórica” a esa batalla, comenzó a editarse en 1933, bajo la dirección de R. Ghioldi y Sommi, la revista *Soviet*, publicación arquetípica de la línea sectaria y estalinista²⁰.

Aunque el grupo trotskista atravesaba una etapa inicial de formación y delimitación política tuvo cierta presencia en el mundo sindical, pues el propio Milesi

¹⁹ Los iniciales fueron “Sobre el movimiento de septiembre. Ensayo de interpretación marxista” publicado en 1933 y “¿A dónde va la Argentina? Frente popular o lucha por el socialismo”, escrito en 1935.

²⁰ Camarero, A la conquista..., p. 176.

tenía su militancia entre los municipales y, crítica mediante a la CGT, se estructuraron en células de fábrica. Los trotskistas postulaban la creación de una Alianza Obrera contra el fascismo y la autodefensa a través de milicias y, en el terreno gremial, la formación de comités de unidad que se debían proyectar hasta los lugares de trabajo²¹.

El grupo fue afinando las críticas al PC, consecuencia de la aplicación en nuestro país de la línea ultraizquierdista y de la concepción del “socialfascismo” que al asimilar al gobierno del Partido Radical con la dictadura establecida por Uriburu en 1930 igualaba regímenes políticos distintos en función de su carácter capitalista. Como ya mencionamos, esto que había derivado en una política ultraizquierdista, tanto en el terreno político como sindical, en ese momento implicaba la renuncia a la lucha abierta contra el gobierno militar, por tratarse de un régimen similar al depuesto.

Contrariamente a lo que la realidad de la situación imponía, durante todo el período dictatorial el partido agitó un infantil ultraradicalismo proclamando, cuando las circunstancias distaban como el cielo de la tierra de ser revolucionarias, y sin contar con una preponderancia no ya intensa, que tampoco mínima en las masas obreras, ¡la constitución de consejos, el armamento de los trabajadores, la huelga general y la insurrección, para instaurar el “gobierno de obreros y campesinos!” (...) se declaró gobierno “fascista” a la dictadura; los dirigentes de la FORA y de la CGT, fascistas y “socialfascistas”²².

Más tarde y frente al cambio hacia la estrategia frentepopulista, la crítica de los trotskistas estuvo orientada hacia los métodos de lucha contra el fascismo y a la unidad con partidos burgueses para enfrentarlo. Planteaban, en cambio, que para derrotar a las bandas fascistas y enfrentar al gobierno eran necesarios métodos revolucionarios, como el mantenimiento de una política independiente de la clase obrera. Con su crítica al PC, Antonio Gallo denunciaba el carácter de los frentes populares como obstáculo a la organización revolucionaria de las masas:

¿Pero cómo defender estos derechos cuando el fascismo los amenaza? No hay otro medio que la ofensiva de los trabajadores, en la lucha por la conquista de las masas a nombre de la conquista del poder, por la alianza o la unidad de acción de las organizaciones y partidos proletarios; la organización, basada sobre ese movimiento, de las milicias del pueblo, la constitución de los comités o alianzas obreras y populares en determinado momento de esa acción²³.

Estas elaboraciones intentaban aplicar las concepciones políticas provistas por la corriente trotskista internacional. Desde el punto de vista de la teoría elaborada por Trotsky, Gallo hacía una aplicación de los principios de la revolución permanente, al proponer que la revolución en la Argentina no consistía en una primera etapa democrática y antiimperialista, sino que se desarrollaría como revolución socialista, que con la dirección del proletariado resolvería las tareas democráticas pendientes. Definiendo no solo el problema del carácter de la revolución, sino la dinámica de la resolución de las tareas democráticas en los países semicoloniales, particularmente el enfrentamiento con el imperialismo, establecía tanto su carácter como el sujeto que la

²¹ Ceruso, La izquierda... p. 107.

²² Antonio Gallo, Sobre el movimiento de septiembre. Ensayo de interpretación marxista, (Buenos Aires: Editorial Claridad, 1933).

²³ Gallo, Sobre el movimiento...

llevaría adelante. Desde el punto de vista del carácter de la revolución en la Argentina, los trotskistas se enfrentaban con la concepción de “revolución por etapas” y el establecimiento de alianzas con sectores de la burguesía en una primera etapa “democrática”. Intervénían, así, en una problemática clave para las corrientes políticas revolucionarias.

Más adelante, el debate se trasladó al interior de los grupos trotskistas alrededor de la cuestión de las tareas de la revolución en un país semicolonial, sintetizada en la polémica sobre la “liberación nacional” y la resolución de tareas democráticas que esta conllevaba²⁴.

En 1935, en el mismo momento en que se iniciaba el ascenso obrero y que el PC giraba hacia la formación de frentes populares, diferentes grupos trotskistas se unificaron en la Liga Comunista Internacionalista (LCI). En 1936 Liborio Justo, hijo del presidente de la Nación, general Agustín P. Justo, rompió con el PC, adscribiendo a la Oposición de Izquierda. Liborio Justo o “Quebracho” fue uno de los exponentes del debate acerca de la “liberación nacional”.

En los años siguientes, buscando aplicar la política implementada a nivel internacional por la Oposición de Izquierda conocida como el “giro francés”²⁵, los trotskistas resolvieron adoptar la táctica de “entrismo” en el Partido Socialista Obrero (PSO), que era una ruptura por izquierda del PS. Allí, los trotskistas enfrentaron a la dirección, defensora de la política de Frente Popular y una estrategia de revolución por etapas en la Argentina, posiciones que finalmente arrastraron a la mayoría del PSO a ingresar al PC.

Aunque esta experiencia se hizo sin la suficiente claridad estratégica, lo que llevó a profundizar algunos errores políticos previos²⁶, el entrismo les permitió a los débiles grupos iniciales salir de su aislamiento y avanzar en un mayor conocimiento de la situación en la clase trabajadora. También les permitió alcanzar ciertos logros en su lucha política al interior del PSO. Así fue que uno de los grupos dentro del PSO, que editaba *Izquierda, órgano de la fracción marxista revolucionaria en el PSO*, alcanzó a controlar el centro socialista de Liniers y, especialmente, sumar a sus filas a Mateo Fossa, un destacado dirigente obrero del gremio de la madera.

²⁴ Para profundizar el estudio sobre esta corriente y en particular este debate, ver Alicia Rojo, “Los orígenes del trotskismo argentino. Una aproximación a sus elaboraciones teórico-políticas”, Boletín del CEIP León Trotsky, publicación online disponible en www.ceip.org.ar.

²⁵ Se conoce como entrismo a una de las tácticas impulsadas por los revolucionarios para la construcción de partidos. Como parte de los procesos sociales y políticos que se desarrollaron en los años 30, Trotsky previó el surgimiento de amplios sectores de obreros que giraran a la izquierda, fenómeno que caracterizó como “centrismo de masas” y que impactaría especialmente en los partidos socialistas reformistas. Así, el ingreso de los revolucionarios trotskistas (de allí entrismo) a los partidos socialistas, abrió la posibilidad de organizar a los mejores elementos. Trotsky planteó esta política para Francia en 1934, de allí el nombre de “giro francés”.

²⁶ Ver Rojo, “Los orígenes del...”.